

exteriores a la Iglesia y a la religión, como se expresa en las fiestas patronales de los asentamientos negros del Pacífico, donde el nombre del santo patrono es apenas una disculpa para realizar una fiesta que tiene más rasgos de carnaval pagano que de fiesta cristiana.

Es interesante la forma didáctica como se desenvuelve cada capítulo, en el cual se da la delimitación geográfica de cada región, así como los rasgos generales de los tipos humanos; los trajes utilizados en las danzas y en las fiestas; las danzas, cantos y ritmos; las ferias y fiestas populares, las comidas y las coplas. Y aunque se notan algunas imprecisiones derivadas de citas de fuentes secundarias que se toman sin discusión, este libro es un aporte al conocimiento de nosotros mismos, no sólo en el presente, sino también porque nos cuenta cómo eran los festejos mágico-religiosos de nuestros antepasados prehispánicos, con base en los relatos de los cronistas.

Colombia es y seguirá siendo un país de subculturas regionales. Cualquier intento de clasificar los hechos folclóricos de otra manera, casi siempre desemboca en taxonomías similares, pero considero que ya es tiempo de que pasemos a otro nivel de análisis. La fiesta tradicional colectiva es un buen tema, pues ella permite manifestar la elaboración de tradiciones que vienen del pasado, adaptándolas a los cambios de la sociedad, y es el espacio en el cual el pueblo puede reafirmar su solidaridad comunitaria, planteándose, al menos durante el tiempo festivo, en forma transitoria, un mundo diferente.

GLORIA TRIANA

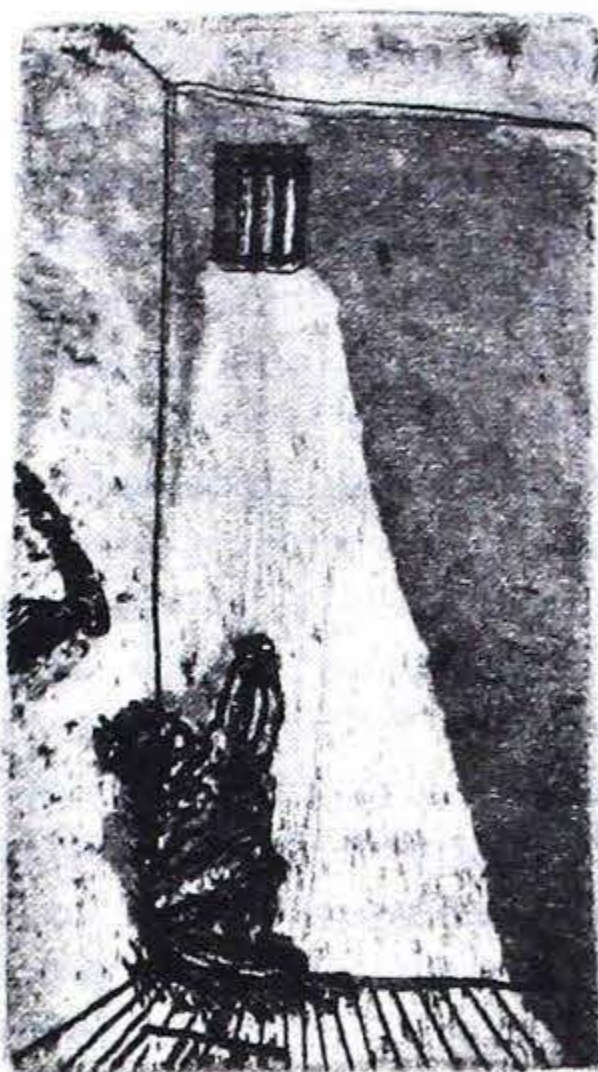
Acercamiento al campo

Tipologías polares, sociedad tradicional y campesinado (Tonnie, Durkheim, Sorokin, Parsons y Redfield)

Jaime Eduardo Jaramillo J.

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1987.

Desde siglos atrás el pensamiento occidental ha sentido la fascinación



por pensar el mundo en términos de pares conceptuales opuestos entre sí y, a veces, antagónicos y excluyentes. De ello no ha escapado, por supuesto, el pensamiento científico en sus distintas manifestaciones, tal como nos lo muestra en su obra el profesor de la Universidad Nacional Jaime Eduardo Jaramillo, esta vez para el caso de la sociología y, más concretamente, para uno de sus ámbitos específicos: la sociología rural. El estructuralismo levistraussiano ha llevado esta tendencia a su máximo grado, atribuyendo esta manera de ver el mundo a la humanidad en su conjunto.

Este análisis es un subproducto teórico de la investigación que el autor realiza, con un equipo más amplio, en la localidad de Villeta, en el departamento de Cundinamarca, la cual los enfrentó a la tarea de dar cuenta de la dinámica de una población campesina desde un criterio específicamente sociológico, sin que ello implique la supresión de otras dimensiones del problema: económica, histórica, antropológica, etc., sino, al contrario, mostrando la urgencia de un trabajo interdisciplinario para captar ese "objeto multiforme" que constituye el campesinado.

Las novísimas teorías sobre el campesinado que proliferan en la actualidad nos llenaron a suficiencia las necesidades planteadas, lo que motivó al profesor Jaramillo a "remontarse a las fuentes" sociológicas sobre esa

temática, situadas cronológicamente entre finales del siglo XIX y los primeros decenios del XX, y que se constituyen en focos de irradiación sobre los planteamientos más actuales.

El texto nos conduce, entonces, por las polaridades más diversas, desde aquella de Maine que opone el estatus al contrato, pasando por la de sociedad militar-sociedad industrial de Spencer, para presentar la clásica polaridad de Tonnie que enfrenta comunidad y sociedad y que funda, para muchos, la distinción entre el objeto de estudio de la antropología y el de la sociología, no sin dejar de señalar las influencias de Marx en los planteamientos del sociólogo alemán.

Semejante importancia se da a la dicotomía durkheimiana entre sociedades segmentarias, basadas en la solidaridad mecánica, y sociedades modernas, cuyo fundamento se encuentra en la llamada solidaridad orgánica.

Ya en el presente siglo, otros autores han ideado tipologías binarias de largo alcance para caracterizar la diversidad social. Sorokin, el ruso-estadounidense, con su sociedad rural-sociedad urbana, Parsons y sus variables normativas y el socioantropólogo Robert Redfield con su continuo entre sociedad *folk* y sociedad urbana, completan el panorama presentado por el profesor Jaramillo.

Sin embargo, no se trata de una mera exposición de los planteamientos de estos autores y sus teorías. Lo fundamental es tratar de situar el lugar y el estatus teórico del campesinado dentro del contexto de estas tipologías polares, todas ellas con pretensiones de universalidad y con categorías que constituyen, de una u otra forma, tipos ideales que no representan ninguna historicidad específica; es decir, de derivar de estas grandes sistematizaciones sociológicas un marco de referencia para el desarrollo de una sociología rural.

Esto es posible, nos dice el autor, a condición de situar cada teoría en el contexto de su época y de su lugar de origen, para tratar de develar sus aspectos sociocéntricos y lo que hay en ellas de valorativo, de ideológico; incluso, de cuestionamiento de la sociedad de origen de cada sociólogo examinado. Así, el examen del peso

del romanticismo alemán en los puntos de vista de Tonnies resulta de importancia para identificar y entender los ecos nostálgicos de su caracterización de las sociedades campesinas.

Igualmente, la connotación evolucionista presente en todas estas polaridades ayuda a entender por qué todas ellas toman como marco de referencia de su sociocentrismo a la sociedad del autor, mirando el otro extremo de la dicotomía como un reflejo negativo de ella que ocupa el pie de la escala, definiéndolo incluso por simple oposición. Esto es de sumo interés, por ejemplo, en las implicaciones de la teoría parsoniana y de sus derivaciones en sociólogos como Rogers y otros, quienes postularon para la América Latina y otros países del tercer mundo un proceso de cambio social y cultural que tiene como meta del deber ser a la sociedad estadounidense, la cual colocan en la cúspide de la dicotomía entre países subdesarrollados y países desarrollados.

La dicotomía rural-urbano adquiere relieve en el análisis, el cual muestra cómo la categoría ciudad va tomando cuerpo y peso crecientes en la definición de lo rural y, especialmente, del campesinado. A éste se le mira cada vez más dentro de cierto contexto y no como una categoría que ha existido siempre, al diferenciarla de la de agricultor y mostrarla en relación con los centros urbanos. Así, se analiza la afirmación de que no existió campesinado antes de la aparición de las grandes ciudades.

El encuentro de una tradición teórico-sistemática y de la corriente basada en los estudios de campo y de comunidad, se muestra fecunda en hacer avanzar los estudios rurales, al permitir, entre otros aspectos, la superación del carácter formalista y homogenizante presente en las dicotomías entre tipos ideales. Pero no ocurre así en Redfield, quien se ciñe a la más pura tradición típico-ideal y mundialista.

Finalmente, se muestra la incidencia de estas tradiciones generales de la sociología en los orígenes de la sociología colombiana, por medio de breves observaciones sobre la obra de Orlando Fals Borda *Campesinos de los Andes*, al escribir la cual tomó la

caracterización de la *Gemeinschaft* y la voluntad natural como base de su definición y el concepto de sociedad *folk* como concepto límite de lo que Saucio ha dejado de ser a consecuencia de los recientes procesos de cambio sociocultural. Por su parte, Camilo Torres Restrepo toma rasgos de las clasificaciones de Tonnies, Durkheim y Cooley en su búsqueda de las características del sector rural colombiano antes y después de la violencia, al mismo tiempo que muestra cómo la ruptura del aislamiento geográfico introduce nuevos caracteres en relación con los de la tipología del continuo *folk*-urbano.

Concluye por señalar el papel que estas tipologías polares desempeñaron en el establecimiento de un campo específico teórico, epistemológico y metodológico para la sociología, e indica, igualmente, la necesidad de llenar su vacuidad histórica mediante la permanente referencia a lo específico y diverso dentro de lo social.

LUIS GUILLERMO VASCO U.

Gasto e ideología

Mediciones de ideologías sobre desarrollo
Development policy, political party & Ideology in Colombia

David Eugene Whitcomb.

Ann Arbor University microfilms, 1983 (Tesis en la Universidad de Massachusetts) 251 págs. 19 cuadros, 6 gráficos, apéndice metodológico.

Esta investigación se plantea explicar las variantes en la política de desarrollo económico del Estado colombiano, originadas en la posición ideológica de los partidos tradicionales. Objetivo bastante complejo, dado que la concreción de una plataforma ideológica, en lo que respecta a la concepción del Estado en su papel director de la economía y planificador del crecimiento, es en la práctica política algo difícil de apreciar como opción sistemática. Tal complejidad se acrecienta cuando la comparación se intenta utilizando índices cuantitativos, como ocurre en este caso.



Para el lector de la tesis que aquí reseñamos se hace necesario, entonces, superar el prejuicio usual hacia las posibilidades explicativas del procedimiento metodológico fundado en indicadores. Entre ellos, básicamente —en las tabulaciones—, el volumen comparado según filiación partidista de los gastos del gobierno central, dirigidos a los sectores preponderantes de la planeación del desarrollo económico. Whitcomb recuerda, en el apéndice que aclara el procedimiento, cómo

el análisis se basó en la contribución adicional de la afiliación política partidista, para explicar las preferencias en inversión, después de dar cuenta de variaciones en estos niveles, causadas por todas las otras variables individuales en el estudio [pág. 248].

Aparte de la necesidad de aislar lo ideológico de lo que podría entenderse, según lo anteriormente expuesto, como las influencias macroeconómicas para la formulación de preferencias en inversión presupuestal, el análisis requirió catalogar y desagregar las más significativas funciones de carácter económico que la política de desarrollo cumple en un país como Colombia. De esta manera —considera el autor— podría operacionalizarse el concepto de ideología, al cual atribuye dos dimensiones: *fundamen-*